

## Catecismo 1520.

### Art.5. LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS.

#### IV. Efectos de la celebración del sacramento.

2007

**Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA**

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

##### Punto 1520

*Un don particular del Espíritu Santo. La gracia primera de este sacramento es una gracia de consuelo, de paz y de ánimo para vencer las dificultades propias del estado de enfermedad grave o de la fragilidad de la vejez. Esta gracia es un don del Espíritu Santo que renueva la confianza y la fe en Dios y fortalece contra las tentaciones del maligno, especialmente tentación de desaliento y de angustia ante la muerte (cf. Hb 2,15). Esta asistencia del Señor por la fuerza de su Espíritu quiere conducir al enfermo a la curación del alma, pero también a la del cuerpo, si tal es la voluntad de Dios (cf Concilio de Florencia: DS 1325). Además, "si hubiera cometido pecados, le serán perdonados" (St 5,15; cf Concilio de Trento: DS 1717).*

**La gracia primera de este sacramento es una gracia de consuelo, de paz y de ánimo.** Está claro que uno de los mayores consuelos que podemos tener es el sabernos acompañados. Hay algo peor que el sufrimiento y es el sufrimiento en soledad.

Entre los dones del Espíritu Santo está el **don de fortaleza**, que a veces pensamos que es un don que se aplica a las acciones que tenemos respecto a los demás, pero es un error muy grande, porque lo principal es ser fuerte con uno mismo para poder sobrellevar las dificultades de la vida.

En el caso del sacramento de la Unción se recibe este don de Dios para saber acometer las enfermedades y hacerlas frente. Un **don que nos asegura contra el temor** a las dificultades, a los peligros que se presentan en nuestra vida. El don de fortaleza se nos es dado a través de muchas formas, se nos da en la oración, o también en la participación en la liturgia, pero en este caso en concreto se nos da como un efecto de la Unción de los Enfermos. **Un don que nos permite vencer las tentaciones del maligno: el desaliento, la angustia ante la muerte, la desesperación, el pensar que la vida ya no vale para nada, o el estar continuamente diciendo que uno no puede más.**

Hay testimonios admirables de algunas personas, que nos llevan a preguntarnos de dónde habrán sacado el ánimo y la paz para llevar adelante esas dificultades en enfermedades graves. **¿Puede haber**

**condicionantes de tipo psicológico? Claro que sí**, porque es evidente que uno es hijo de su temperamento, de su carácter, y por eso tenemos que tener mucha discreción y prudencia a la hora de juzgar las situaciones personales, y saber que el interior de las personas solo Dios lo puede juzgar, y el grado de culpabilidad que pueda tener una persona en su desesperación, en su falta de ánimo, es algo que no podemos medir y juzgar. **Ahora bien, lo que sí podemos decir es que NO ÚNICAMENTE EL FACTOR PSICOLÓGICO ES LO QUE INFLUYE** para que una persona esté vencida por el desánimo, o la desesperación. **Además de factores psicológicos, también hay factores morales en los que se pone en juego nuestra respuesta a la gracia de Dios, a la apertura al Espíritu Santo que nos quiere dar el don de fortaleza. Es decir, también hay una lucha moral entre la confianza en Dios y la tentación del temor y la desesperación.**

**Sabemos que hay una frontera entre lo psicológico y lo moral**, aunque nosotros no podamos conocer donde está concretamente para aplicarlo a una persona concreta, **pero sabemos que existe**. Entonces, en toda situación **no vale escudarse en tales factores psicológicos** (que se suelen expresar en la forma de *“es que yo soy así de temeroso, de inseguro”*) **para no dar la batalla, porque Dios nos ha dado, a cada uno, una voluntad y una inteligencia para que nos dejemos ser guiados por la luz de la fe, de forma que crezcamos con Cristo resucitado, a la imagen del hombre nuevo que vence al hombre viejo.** Y por la gracia de la resurrección llevemos la enfermedad de una manera distinta.

San Pablo, en su carta a los Colosenses nos dice que **“si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba”**. Luego si hemos resucitado con Cristo debemos sobrellevar también la enfermedad de una manera nueva, resucitada, teniendo un estilo pascual. Eso no quiere decir que nos vaya a doler menos, sino que quiere decir que, desde la Resurrección de Cristo, hay una luz especial del Espíritu Santo para afrontar las enfermedades.

Tenemos que recibir el testimonio de aquellas personas, que en circunstancias más complicadas a las que nosotros tenemos llevan adelante sus enfermedades con ánimo admirable, reconociendo que lo han conseguido, no porque hayan nacido así de fuertes, sino porque el Señor ha podido hacer eso con quienes han sido dóciles a su gracia. El Señor puede, si le dejamos, ayudarnos a llevar esa cruz de la enfermedad con otro tono distinto, dejándole que Él sea nuestra paz, que Él sea nuestro ánimo. Es un gran don el del olvido de sí mismo a la hora de llevar la cruz.

Hay dos maneras de vivir la enfermedad: una es **vivir en continua presencia de esa enfermedad**, me refiero con esto a aquellas personas que están continuamente pensando en su situación de enfermos, viven con el único horizonte de ver la vida desde su enfermedad, lo que acaba desembocando en la angustia, al ser lo único que se tiene en la cabeza desde que uno se acuesta hasta que se levanta. Además, **cuando uno está pensando continuamente en su enfermedad, tiene un gran peligro de egocentrismo. (pero que mal que estoy, es que todo me toca a mí, pero que desgraciado que soy); la otra forma es vivir en presencia de Dios la enfermedad**, de forma que el tono de vida se traduzca en que uno se deja mirar por Dios, sin que eso quiera decir que uno se olvide de su enfermedad, cosa que es imposible, ni que se olvide de las visitas médicas que tiene que realizar, ni que se olvide de las medicaciones que debe de tomar.

**Pidamos el don del olvido de nosotros mismos**, que miremos al Señor, y mirándole a Él nos olvidemos de nosotros mismos. Solo así se puede vivir la enfermedad con paz y ánimo, y que podamos apreciar otros valores.

A la hora de vivir la enfermedad, **la fe tiene que traducirse en confianza**. No es suficiente una fe que conozca el catecismo a la perfección, muy intelectual y de libro, sino que además esa fe tiene que valer

para no caer en la desesperación, **una fe que sepa del abandono confiado en el Padre**. Un hijo está tranquilo cuando está en manos de su padre. Y esta es uno de los efectos que el don del Espíritu Santo quiere darnos en el sacramento de la Unción.

Dice un refrán que: **“el que teme sufrir, sufre de temor”**. Si uno está continuamente temiendo verse solo en los momentos de enfermedad, o tener que dar trabajo a los demás llegada la vejez, o que alguien le saque de su casa para irse a otro sitio, etc., pues antes de que las cosas ocurran ya las está padeciendo. Estos temores son otra de las tentaciones que hay que exorcizar, que hay que rechazar.

En la Sagrada Escritura, en Jeremías (un profeta del que todos se reían y ridiculizaban, e incluso le llevan a prisión por haber dicho palabras que no querían oír) hay un pasaje en que Dios le dice a Jeremías **“no les tengas miedo, que si no yo te meteré miedo de ellos”**; es decir que como no tengas la fortaleza para hacer frente a quienes yo te envío a profetizar, te voy a castigar haciendo que en tu propio pecado encuentres el castigo, que en tu propio pecado esté la penitencia. **Si no hacemos frente al temor, cada vez nos acoquinará más, nos encogeremos más ante los miedos**.

Hay otro pasaje en la vida de San Francisco Javier en Japón cuando se presentaba ante los señores feudales y les dirigía un discurso en contra de la veneración a los falsos ídolos y su vida licenciosa, ante algunos de ellos samuráis que tenían la espada en la mano, y lo hacía con una fortaleza increíble. Aquí se aplicaría lo que le dice Dios a Jeremías.

¿Os dais cuenta de la de vueltas que les damos a las cosas en nuestra cabeza por nuestros temores? Cuántos pensamientos en balde para que al final las cosas resulten de una manera totalmente distintos a cómo las habíamos pensado. Que nos demos cuenta de hasta qué punto el temor nos está esclavizando.

El catecismo cita un texto muy importante Hb 2,15

11 Porque el que santifica y los que son santificados, tienen todos un mismo origen. Por eso, él no se avergüenza de llamarlos hermanos,

12 cuando dice: "Yo anunciaré tu Nombre a mis hermanos, te alabaré en medio de la asamblea".

13 Y también: "En él pondré mi confianza". Y además: "Aquí estamos yo y los hijos que Dios me ha dado".

14 Y ya que los hijos tienen una misma sangre y una misma carne, él también debía participar de esa condición, para reducir a la impotencia, mediante su muerte, a aquel que tenía el dominio de la muerte, es decir, al demonio,

15 y **liberar de este modo a todos los que vivían completamente esclavizados por el temor de la muerte.**

Cristo viene a liberar a los que, por temor a la muerte, están de por vida sometidos a la esclavitud del miedo. Por tanto, recalquemos que **el temor nos somete a la esclavitud del miedo y eso hace que no seamos capaces de gozar de la vida como consecuencia de los miedos que nos tienen atados**. ¿Y cómo nos libera Jesús? Asumiendo nuestra condición humana para que nosotros, yendo detrás de él, vencamos el temor a la muerte en su propio terreno.

¿**Jesús tuvo miedo a la muerte?** Sí que lo tuvo en Getsemaní, pero Jesús “enseñó los dientes” a ese miedo pronunciando el “hágase, que se haga la Voluntad del Padre. Confío en Ti”. Jesús nos enseña a vencer el miedo a la muerte afrontándola de cara en la confianza en Dios. **Y ahora nos dice que nos unamos a Él**, y que unidos a Él, **por la Gracia de este sacramento** en concreto, **afrontemos ese temor**. Cristo glorioso no nos va a dejar solos a la hora de recorrer el camino de la pasión concreta de cada uno. El texto de *Hebreos 2, 15* nos abre perspectivas de liberación, porque aunque hay muchas formas de esclavitud, **el miedo es una de las mayores formas de esclavitud en las que el hombre puede estar inmerso**.

Esta forma que el Señor tiene de liberarnos y salvarnos me recuerda aquel **episodio del Caballo de Troya** donde los griegos idean una estrategia astuta para penetrar en una ciudad que estaba rodeada por una gran muralla que la hacía inexpugnable, diciéndoles que les van a regalar un caballo de madera inmenso y cuando abren la puerta de la muralla se adentra el caballo de madera dentro del cual iban los soldados que así penetran dentro de la ciudad y conquistan la ciudad de Troya. **Cristo se ha introducido dentro de la muralla del temor a la muerte y desde dentro ha matado a la muerte; el miedo ha sido vencido en su propio terreno como consecuencia de que Dios ha asumido la condición humana, temerosa de por sí por su naturaleza**.

A veces hemos imaginado a Dios como una especie de hada madrina que con su varita mágica nos está enviando algunos dones de gracia, desde lo lejos. No, ese no ha sido el estilo de la Encarnación, sino que Dios ha experimentado la condición humana, con su miedo a la muerte, con su instinto de supervivencia y ha aprendido sufriendo a obedecer, para que nadie pueda decir eso de que “Dios no me comprende”. Dios ha participado de nuestras angustias y las ha afrontado, finalmente matando a la muerte desde dentro y **para que en toda situación de muerte, en todo sufrimiento humano, se esté plantando la semilla de la resurrección** y de vida eterna.

Acaba el punto diciendo que:

Esta asistencia del Señor por la fuerza de su Espíritu quiere conducir al enfermo a la curación del alma, pero **también a la del cuerpo, si tal es la voluntad de Dios** (cf Concilio de Florencia: DS 1325). Además, "si hubiera cometido pecados, le serán perdonados" (St 5,15; cf Concilio de Trento: DS 1717).

Además del don que es la gracia para superar el temor dándonos la paz y el ánimo, **este sacramento pide la curación del cuerpo, si tal es la voluntad de Dios**. No olvidemos que la enfermedad es consecuencia del pecado que se introdujo en el primer pecado del hombre. El plan primigenio de Dios era que el hombre, viviendo en amistad con El en el paraíso terrenal, tuviese una vida natural en la que no conociese la muerte. Por eso, este es un sacramento que, como lucha contra el pecado, lucha contra las consecuencias del pecado, que es la enfermedad. Además pide la sanación del alma, que esto sí que es seguro voluntad de Dios, e incide en el perdón de los pecados y concede la gracia de la absolución sacramental, especialmente cuando una persona no puede confesarse dado su incapacidad de expresión por la enfermedad, confiando, la Iglesia, en que esa persona tiene una contricción interior y un propósito de enmienda. En los demás casos una persona debe acercarse a recibir la Unción de los enfermos habiéndose confesado antes.

**Alabado sea Jesucristo.**